

JX 1305

L3

v.12

Es propiedad.



MADRID, 1879.—Imp., Est. y Galv. de Aribau y C.^a (sucesores de Rivaleneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna. núm. 3.

AT 112100

INTRODUCCION.

§ 1. — **Apreciacion del siglo XVIII.**

I.

Los hombres de lo pasado maldicen el siglo XVIII por lo ménos tanto como la Reforma. Acusan á la filosofía de haber engendrado la incredulidad, esa peste que envenena la sociedad moderna; la acusan de haber trastornado el orden político, lanzando al mundo en una serie de revoluciones, cuyo término no se ve. La reaccion que siguió á las insurrecciones de 1848 llevó esta oposicion al paroxismo del ódio. Hubo un espanto universal cuando se vió á aquellos audaces sectarios poner en tela de juicio las bases de nuestra existencia civil, la propiedad y la familia. La Iglesia, siempre en acecho para recobrar el dominio de las almas que le han arrancado los libres pensadores, se dió prisa á explotar el miedo que se apoderaba de todos los ánimos, áun de los más intrépidos; organizó una cruzada contra el siglo XVIII, al cual acusó de ser el principio del mal que aflige á la Francia, y que desde allí se difunde por toda la Europa. Esto es una obra de venganza y á la vez un cálculo de ambicion. Uno de los primeros actos de la revolucion de 1789 fué llevar al panteon las cenizas de Voltaire y de Rousseau. Esto era como una santificacion del libre pensamiento en la persona de sus órganos más ilustres. La reaccion católica arrastró por el fango á aquellos á quienes la humanidad moderna venera como santos. Hubo un escritor dotado en alto grado del talento de la injuria,

y que manejaba admirablemente el vocabulario de las plazuelas. La Iglesia lanzó aquel libelista contra los filósofos del siglo pasado. En cualquiera otra época no hubiera producido más que desagrado; después de 1848 se hizo escuchar y aplaudir. Oigámosle:

«Sí, ciertamente; nos rebelamos, y nos preciamos de ello, contra las reputaciones de ese siglo imbécil é impuro. Todo lo ha falseado y manchado: la política, la literatura, las artes, y más que todo, la conciencia pública. Comienza en la obscenidad, sigue en la impiedad, y acaba en una disolución sangrienta. ¡Se pretende hacernos admirar esa larga fermentación del sofisma, de la impiedad, de la necedad, terminada por una irrupción de caníbales que salen simultáneamente de todas las alcantarillas, y comunican á la Francia y al mundo la peste más mortífera que ha desolado y castigado á la civilización cristiana! ¡Se presentan á nuestra veneración esos hombres, cuyas biografías manchadas llevan por apéndices nombres que la humanidad no execrará nunca bastante! ¡Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert, madame Duchâtelet, mademoiselle Voland, mademoiselle Levasseur, buenos modelos, excelentes familias, flor y nata de las gentes honradas! Pero treinta años más tarde Voltaire, D'Alembert, Diderot, Rousseau, se llaman Mirabeau, Barrère, Danton, Marat, Robespierre, etc. Cuéntense los enciclopedistas; cada uno de ellos reaparece bajo la forma de un revolucionario, y la pluma del sofista se convierte en el sable innoble del setembrista» (1).

Conocida es la política rastrera de la Iglesia: *calumnia*, que algo queda. Esta guerra de injurias, que ataca al adversario en su honor, en su consideración, es ya una infamia cuando se dirige á los vivos que, en caso de necesidad, pueden defenderse abofeteando á los insultadores asalariados, ó demandándolos ante un tribunal. Pero, ¿qué nombre hemos de dar á los que ultrajan á los muertos? ¡Ninguno de vosotros, ilustres pensadores de un siglo ilustre, si pudiera salir de su sepulcro, dejaría de señalar como calumniador á ese libelista católico! ¡Y la Iglesia, en cuyo nombre habla, cree que vais á sucumbir bajo los golpes de un jaque de plazuela! No advierte, en la ceguedad de su ódio, que las innobles armas

(1) VEUILLOT, *Misceláneas*, t. VI, p. 584.

que usa se vuelven contra el que las emplea. La reacción católica tendrá su fin, y cuando llegue para el catolicismo el día del juicio, será invocada como un testimonio contra una religión que no se avergüenza de recurrir á los crímenes más bajos para matar el libre pensamiento.

¿Quién creería que estos ataques furibundos no han bastado al santo celo de los defensores de la Iglesia? Han necesitado el escándalo, tal como se acostumbra en los lupanares y presidios. Sí; el frenesí católico ha llegado hasta el punto de que ha tratado de transformar á Voltaire, y con él á los filósofos, á los escritores, á los grandes señores, y hasta á los soberanos, en un atajo de bribones y de perdidos (1). ¡La filosofía dominando en un lupanar ó en presidio; qué triunfo para la esposa sin mancha de Jesucristo! ¡Imprudentes apologistas! ¿Habían olvidado, ó no han sabido nunca que todos los crímenes del Código penal han sido cometidos por los ungidos del Señor, que se llaman vicarios de Dios, y dicen ser infalibles en materia de religión y de moral? Hay una diferencia, sin embargo, entre los papas y los filósofos, y es que los soberanos pontífices han quedado convictos ante los concilios de acciones tan infames, que no se atrevieron á leer en público la narración de sus hechos, al paso que las acusaciones lanzadas contra los libres pensadores no han sido probadas; y una acusación no probada es una calumnia.

Dan ganas de despreciar tan oscuros libelos y remitir á sus autores á de Pradt, el malicioso arzobispo de Malinas, él cual ha caracterizado perfectamente á los adversarios del siglo XVIII: «En cuanto á esos *hombrecillos* que andan por ahí emitiendo sus *pequeños juicios* sobre Rousseau, y se *entretienen* á su costa, que, en lugar de retroceder llenos de espanto á la vista del gigante, aplican con confianza sus *golpecitos* á sus proporciones colosales, debemos admirarlos mucho, y para no turbar demasiado sus placeres, aconsejarles la lectura de *Gulliver*, recomendándoles que se fijen en el pasaje en que aparece aplastando, á cada movimiento, centenares de *Liliputienses* que se afanan por encadenarle; verán en

(1) NICOLARDOT, *Casa y hacienda de Voltaire*, 1854.

esto su propia historia» (1). Sí; los escritores católicos, en comparación de los filósofos, son enanos pequeñísimos que pretenden derribar á un gigante. Pero no es ésta una razón para responderles con el silencio del desden. Porque detras de los *Liliputienses* está la Iglesia, de quien son instrumentos, y á la Iglesia hay que tenerla en cuenta. Hay, además, el movimiento de reacción que ha suscitado esa legión de insectos venenosos, y este movimiento de retroceso es demasiado universal, demasiado persistente para que no haya en él algun elemento más honroso, más legítimo que los miserables libelos que deshonran nuestra época. La guerra de insultos que se hace al siglo XVIII es en definitiva una de las fases de la lucha eterna empeñada entre lo pasado y lo porvenir. Por este concepto merece un lugar en la historia, áun cuando no fuese más que como testimonio contra un pasado que en vano se intenta resucitar.

II.

Sería una injusticia no ver en la reacción católica más que un desencadenamiento de malas pasiones. No solamente se funda en el miedo á las revoluciones, en el temor de la propiedad amenazada por el socialismo, sino tambien en el sentimiento religioso asustado por la ruina de las antiguas creencias, y que, no quedando satisfecho por las doctrinas de los innovadores, vuelve con pasión y á ojos cerrados á la religión del pasado. La Iglesia explota este sentimiento, es verdad, pero para que pueda abusar de él en pro de su inmortal ambición, es preciso que tenga fuertes raíces en el corazón del hombre. Tenemos la convicción profunda de que la religión es una necesidad indestructible de la naturaleza humana; si algunas veces parece que se debilita y adormece, al instante despierta con mayor energía. Es igualmente incontestable que las doctrinas nuevas no ofrecen alimento suficiente á la fe, á la necesidad de creer. Aquellos para quienes la religión es una inspiración puramente individual, pueden contentarse con las creencias que

(1) DE PRADT, *Los Cuatro Concordatos*, t. I, p. 432 y nota.

ya hoy existen en la conciencia general. Pero la religión es ante todo el vínculo de las almas; de aquí la necesidad de una Iglesia y de un culto. Mientras no se levanten nuevos templos al lado de los templos católicos, las almas religiosas, para quienes la comunión y la simpatía son una necesidad, volverán sus miradas á la religión tradicional; esto es lo que constituye la fuerza y la legitimidad de la reacción católica.

Hay, sin embargo, un obstáculo para este regreso á lo pasado. Por más que la Iglesia maldice la revolución y la reprobación, no es ménos cierto que la revolución es la explosión de ideas y sentimientos que para la humanidad moderna son una necesidad tan imperiosa como la religión; por mejor decir, la libertad, la igualdad, la fraternidad, proclamadas por nuestros padres en 1789, son uno de los dogmas de nuestra religión. ¿Cómo conciliar estas tendencias irresistibles de la sociedad actual con el catolicismo que las condena como una emanación del espíritu del mal? En nuestra opinión la conciliación es imposible, porque la antinomia es radical. Por esto es tan grande la dificultad de los que quieren conciliar la religión católica con las conquistas de 1789. Se ven obligados á forjarse un catolicismo que es rechazado en Roma, y que hasta ha sido condenado en la persona de un sacerdote de genio. Si la suerte de Lamennais no contiene á los que posteriormente siguen pretendiendo unir la libertad y la religión, esto prueba que se engañan á sí mismos, como se engañan respecto del pasado y del presente. Nada más curioso, por este concepto, que el juicio que emiten respecto del siglo XVIII. Acabamos de oír á los ultramontanos, esos ortodoxos de pura raza; para ellos la filosofía es la negación del cristianismo, es una invención del demonio. Si se escucha á los neo-católicos, que aman la libertad, las doctrinas del siglo pasado no son más que la aplicación social y política de los dogmas cristianos.

Una de las figuras más notables del movimiento religioso de nuestro tiempo es ciertamente madame Swetchine, que abandonó la Iglesia griega para entrar en el seno de la Iglesia romana. Viviendo en París, habrá oído á más de un admirador de la filosofía enumerar los beneficios que la sociedad moderna debe al siglo XVIII. Escuchemos su respuesta: «La filosofía del siglo pasado es un pe-

ríodo durante el cual se ha dejado á los enemigos del cristianismo sacar el corolario de las verdades sociales contenidas en potencia, como las verdades de todos los órdenes en la religion cristiana. Las teorías humanitarias del siglo XVIII han hecho brotar simplemente una parte de lo que estaba latente en el cristianismo. Los filósofos no han hecho más que tratar de hacer extensivo á la sociedad lo que hasta entónces no habia sido aplicado más que al individuo. Han intentado ensanchar el círculo y agrandar el precepto, pero nunca han promulgado, en punto á verdades, más que ideas tomadas de las fuentes del cristianismo y señaladas con su espíritu.... Lo que los filósofos tomaban ó presentaban como pensamientos originales, no eran muchas veces más que deducciones sacadas de los principios depositados en su corazon por su educacion primera; lo que venian á anunciar era lo que el cristianismo ha predicado siempre en el mundo segun su mision, y podia hacerse la comprobacion como se hace la de los billetes, cuya sustraccion se demuestra confrontándolos con el libro talonario de donde han sido cortados» (1).

Quedan, pues, los filósofos acusados, más aún, convictos de robo. Pero ¿por qué no ha reclamado la Iglesia contra los ladrones? Cuando á fines del siglo XVIII la revolucion le quitó sus bienes, llamados como por burla los bienes de los pobres, puso el grito en el cielo contra semejante espoliacion. ¿Cómo es que se ha dejado despojar, sin quejarse, de un bien mucho más precioso, de su doctrina, por hombres que le hacian una guerra á muerte en nombre de los principios mismos que tomaban de ella robándola descaradamente? Madame Swetchine plantea la cuestion; pero no encuentra respuesta, porque no es responder el exclamar: «¿No parecen hijos indolentes é ingratos que dejan saquear la herencia de sus padres por los mismos que los ultrajan?» Si hubiéramos tenido el honor de asistir á las reuniones en que madame Swetchine trataba de conciliar aquellos dos poderes rivales, la filosofía y la religion, nos hubiéramos tomado la libertad de decirle: «Señora, no se comprende el latrocinio que imputais á Voltaire y á Rousseau. Vuestra santa madre la Iglesia no se ha dejado despojar

(1) *Madame Swetchine, su Vida y sus obras*, por el Conde de FALLOUX.

por sus enemigos en silencio y sin levantar la voz contra los temerarios que ponian mano sobre el arca santa. Ha clamado, y ha clamado mucho. Los obispos y los papas se han levantado contra los filósofos; censuras y mandamientos, apologías y quejas, denuncias hechas al pié del trono, han lanzado maldiciones contra la filosofía. Y ¿qué es lo que vuestra Iglesia ha censurado en los libres pensadores? ¿Los ha acusado de robo? ¿Ha reivindicado la propiedad de sus ideas? Léjos de esto, ha maldecido, ha condenado las ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, de humanidad, de tolerancia, que pretendéis son propias del cristianismo. Dignaos, señora, explicarnos esta singular contradiccion. Decís que *las máximas de los filósofos son idénticas con el espíritu del cristianismo*. En la confesion á que pertenecéis la Iglesia es el órgano infalible del Evangelio, ó si os gusta más, de la tradicion cristiana. Ahora bien, vuestros papas y vuestros obispos han rechazado poco ántes de 1789 *esas máximas idénticas con el cristianismo*, las han combatido durante la revolucion, las condenan hoy todavía. Nuestra confusion es grande, señora; dignaos sacarnos de ella. Si vos decís la verdad, entónces vuestra Iglesia se engaña, y si se engaña, ¿qué es de su infalibilidad? ¿qué es del catolicismo? Y si la Iglesia tiene razon, entónces vuestra religion no es la suya; teneis pues, un catolicismo especial; ¿no consiste en esto la herejía? En verdad, señora, no valia la pena de abandonar el cisma para caer en la herejía!»

La apreciacion del siglo XVIII, que consignamos aquí, no es peculiar de la escuela política que solia agruparse alrededor de madame Swetchine, y que despues de su muerte la ha colocado sobre un pedestal demasiado alto en nuestra opinion. Reaparece en nuestros *Estudios sobre la revolucion*: filósofos sinceramente religiosos, pensadores de más capacidad que la rusa conversa, creen que el verdadero cristianismo, el cristianismo social, data del siglo XVIII, rechazan atrevidamente la herencia de los tiempos anteriores, principalmente la Edad Media, que para Roma ha sido siempre un ideal (1). Pero, cosa notable, los pocos hombres que forman esta escuela, medio filosófica, medio religiosa, se han separado del pa-

(1) BORDAS-DEMOULIN y HUET.

pa, y por consiguiente del mundo católico en una cuestión fundamental; la del dogma que el vicario infalible de Dios ha tenido á bien promulgar, arrojando á la vez el buen sentido y la tradición. Son, pues, ya casi herejes, comparados con el ultramontanismo, que es la opinión dominante hoy en el mundo católico. ¿No debe esto hacer reflexionar á los que dicen que la filosofía del último siglo es una emanación del cristianismo? No es seguramente del cristianismo que domina en el Vaticano.

Hay otro cristianismo que procede de la reforma, y que puede en rigor avenirse con Rousseau y aún con Voltaire. El cristianismo evangélico es todavía más hostil á la Edad Media que la filosofía; la reprueba y la condena como una desviación, una corrupción de la enseñanza de Cristo. Al romper con lo pasado, los reformados se acercaban á las vías del porvenir en donde se encontraron con los libres pensadores. Verdad es que al parecer mediaba entre ellos un abismo, la revelación sobrenatural, milagrosa. Pero el abismo no era infranqueable, como lo prueban las sectas más avanzadas de la reforma, que lo han salvado. Estas dan la mano á los filósofos, de los cuales no difieren casi más que en el nombre. Aun los mismos protestantes que siguen adictos al cristianismo histórico hacen justicia al siglo XVIII, y, cosa singular, su lenguaje es absolutamente el mismo de los neocatólicos de Francia. Esta conformidad es notable y merece ser tenida en cuenta. *Vinet* dice, como madame Swetchine, que el movimiento social que caracteriza la época moderna tiene su primer origen en el cristianismo: «Los filósofos llamaron humanidad, beneficencia, á lo que los cristianos llaman caridad; ahora bien, la caridad contaba ya diez y ocho siglos, cuando se ocurrió á los libres pensadores propagarla bajo otros nombres. No es, pues, la filosofía la que ha inventado la caridad; no ha hecho más que dar una nueva edición de ella.» *Vinet* no dice que esta edición es nueva, corregida y aumentada; basta recordar la tolerancia que predicaron los filósofos del último siglo, para demostrar que los Voltaire y los Rousseau no eran plagarios, como no eran ladrones. No podían seguramente tomar de la Iglesia un sentimiento que estaba tan lejos de ella que había de la intolerancia una virtud.

Hasta aquí *Vinet* está conforme con madame Swetchine. Se ex-

presa con más franqueza cuando se trata de apreciar la oposición violenta que todas las Iglesias cristianas, así reformadas como católicas, hicieron á la filosofía del último siglo. El ministro reformado confiesa que el cristianismo, tal como reinaba en las Iglesias del siglo XVIII, era una religión atea, viciada, falseada; el verdadero patrimonio de Cristo había caído en manos extrañas; los que se apropiaban su administración eran infieles á la celeste tradición de su divino Maestro. Esto explica, añade *Vinet*, cómo concibieron los filósofos un odio tan ardiente como injusto hacia el cristianismo; no lo vieron tal como es, sino únicamente bajo una forma pasajera que, á decir verdad, no era más que letra muerta. *Lejos* de maldecir á la filosofía, se la debe glorificar, porque recogió la herencia abandonada de Cristo. Sin pensarlo, y sin quererlo, ha prestado un servicio al cristianismo, á quien creía destruir: «Lo ha desembarazado de la grosera envoltura, acrecentada por el trascurso de las edades, que la reforma no había desgarrado más que en parte, y debajo de la cual se perdían su libertad, su fuerza, su vida celeste. Este será tal vez, á los ojos del porvenir, el servicio capital prestado por el siglo XVIII; de este modo resultará que, instrumento ciego de la Providencia, ha restaurado, sin saberlo y sin quererlo, el sentimiento religioso» (1).

Esta rehabilitación un tanto desdeñosa del siglo XVIII ha tenido acogida fuera de la Iglesia en el campo de los filósofos. Hay en Francia una escuela poderosa por el talento de su fundador y por sus numerosos discípulos que llenan las cátedras y las academias. Los eclécticos no han sido nunca muy agresivos con el cristianismo; más bien se les podría censurar por hacerle la corte. Negarian gustosos la guerra que existe entre la revelación cristiana y el libre pensamiento; manifiestan un gran respeto á la religión oficial, y no piden más que una cosa, que se les permita filosofar libremente. Se concibe, pues, que animados de sentimientos tan pacíficos aplaudan una apreciación del siglo XVIII que permite celebrar la paz entre la filosofía y la religión. Dicen, pues, que el siglo XVIII no se ha conocido, que ha lanzado maldiciones

(1) *VINET*, *Historia de la literatura francesa en el siglo XVIII*, t. II, páginas 344, 372.

al cristianismo, de quien es hijo legítimo: «Todas esas ideas depuradas acerca de Dios y su providencia, esos principios de humanidad, de justicia universal, que el siglo XVIII ha aplicado tan gloriosamente á la sociedad moderna, ¿de quién los habia heredado? Del cristianismo. Es positivo que la religion natural, tal como los filósofos la han concebido, la religion natural, en nombre de la cual han combatido al cristianismo, es un producto del cristianismo» (1).

III.

Las dos apreciaciones que acabamos de resumir se contradicen totalmente, por más que ambas emanen de defensores de la Iglesia ó de partidarios del cristianismo. Segun los unos, los filósofos del último siglo son la raza de Satanás, conjurada, no solamente contra el Evangelio, sino contra toda religion y contra toda moral. Segun los otros, los libres pensadores son los discípulos de Cristo de quien se mofan; son á lo más culpables de ignorancia ó de ingratitud; pero la Iglesia es más culpable que ellos, puesto que ha sido necesaria la filosofía para sacar de la doctrina cristiana las consecuencias sociales y políticas que la Iglesia se negaba á admitir. ¿Cómo ha de ser el siglo XVIII á la vez enemigo mortal del cristianismo é hijo del cristianismo? ¿Cómo ha de ser la filosofía cómplice de la revolucion, y se la ha de alabar á la vez por haber enseñado las máximas cristianas de libertad, de igualdad, de fraternidad, que la revolucion no hizo más que aplicar? Y ¿qué es del cristianismo mismo en estas contradicciones? ¿Debemos ver en el Evangelio el principio y el origen de la renovacion social inaugurada por la revolucion, ó hay una antinomia radical entre el cristianismo y la filosofía?

Estos juicios contradictorios emitidos acerca del siglo XVIII emanan todos de escritores católicos. Una cosa resulta evidente, y es que el catolicismo de los que arrastran por el fango al siglo XVIII

(1) SAISSET, *El Cristianismo y la Filosofía* (Revista de Ambos Mundos, 1845, t. I).

difiere completamente del catolicismo de los que rehabilitan, y legitiman por consiguiente, á este mismo siglo en nombre de los principios cristianos. Madame Swetchine y M. Veuillot pueden doblar la rodilla ante los mismos altares, pero es imposible que adoren al mismo Cristo; porque lo que la una celebra como obra del espíritu divino, el otro lo maldice como inspiracion de Satanás. ¿Cómo han de ser un solo y mismo imperio el reino de la Luz y el reino de las Tinieblas? Esta oposicion en el seno de una Iglesia que se llama una por excelencia, es notable. Es la lucha entre el cristianismo tradicional y un cristianismo nuevo; el primero rechaza los principios de 1789; el segundo los acepta y los atribuye á Cristo. Falta saber cuál de las dos tendencias triunfará. Hasta hoy es indudable que el cristianismo hostil á las ideas modernas es el que domina á la Iglesia oficial; en nuestra opinion éste es el verdadero catolicismo. La escuela de los neocatólicos no es más que una tentativa impotente de conciliar lo que es inconciliable, una religion del otro mundo con las necesidades de una sociedad de este mundo, una religion inmutable con las aspiraciones de una sociedad progresiva. La cuestion es del mayor interes y volveremos á insistir en ella en nuestros estudios sobre la revolucion; por ahora no la consideraremos más que en sus relaciones con la apreciacion del siglo XVIII.

El odio de los católicos ultramontanos hácia el siglo XVIII es digno de la ceguedad é ignorancia con que proceden en el estudio de la historia. ¿No parece, segun ellos, que Voltaire ha inventado la incredulidad, y que sin Rousseau no hubiese habido revolucion? Hay un medio muy sencillo de responder á sus apasionados ataques contra la filosofía y es restablecer los hechos. El siglo XVIII procede del siglo XVII; éste es el producto de la reforma y del renacimiento, y la revolucion literaria y religiosa que abre la época moderna, no es tampoco más que la continuacion de los trabajos de la Edad Media. ¿Cuándo ha nacido la incredulidad filosófica? El mismo dia en que nació la filosofía. El primer hombre que pensó libremente fué tambien enemigo de la revelacion cristiana, porque el libre pensamiento y la revelacion milagrosa son inconciliables. Esto quiere decir que la filosofía es incrédula por esencia, porque no puede creer en lo sobrenatural. Luégo cuanto más